

ma, el bastón con borlas de juez. Uno de aquellos respetables señores, orador vibrante y fúnebre (subvencionado por la Funeraria), que enterraba á todos los muertos notables de la ciudad echándoles el propio discurso, despidió el duelo en el cementerio, asegurando, « con voz conmovida pero elocuente », según decía el mismo periódico, que « la carrera judicial estaba de pésame »; y un *vate* colosal roció la tumba con las perlas de una poesía pastoril, cuya última estrofa bailable hizo, si no mintió en su periódico Enrique de Lara, mover al muerto... Parientes y amigos, « resignados ya á sufrir la nueva desgracia que les enviaba Dios », habíanse retirado á descansar, porque velaron hasta muy entrada la noche zumbando al rededor del cadáver como moscardones dispersos por la muerte que revolotean aún sobre los restos del animal á quien gangrenaron la sangre y envenenaron la vida. ¡Sólo doña Angustias abrazada, como á la cruz bendita, á la cabecera de la suntuosa cama en donde yacieron el padre y el hijo, sintiendo que nuevamente, y esta vez para siempre, se le venía abajo, continuaba allí, en el lecho, sin gemir ni llorar, enloquecida la mirada, secos los ojos!...

## LOS INSEPARABLES

« Querido Luis: Ayer murieron los dos pajaritos que me trajiste de Londres; se querían demasiado. El machito, á fuerza de amor, mató á la hembra, y él se murió de tristeza... ¡Pobrecitos! Estas dos muertes me han hecho mucho daño. Voy á regalar todos mis pájaros... hasta los inseparables. ¡Qué crimen!

» CARÓ. »

### I

Se había recostado en una *chaise longue*, con toda la refinada elegancia de una parisiense y toda la insolente indolencia de una criolla... La expresión de su rostro, de ordinario picaresca y retozona, hacíase por momentos reflexiva y triste. No aleteaban ya con amor sobre las pupilas de sus ojos — tan chispeantes y malignos, que parecían abiertos con el escapelo de Arouet en un capullo de camelia — las pestañas que los guarnecían como una *peluche* negra rodeada á los bordes de dos cuencas de cristal purísimo. Su tez tomaba el color mate de una flor enferma... sus labios formaban una imperceptible línea que iba perdiendo

do la valentía de los tonos... Ya había arrugado la asfixia el suavísimo contorno de su garganta, modelada primorosamente... ya empezaba la agonía á desfigurar el perfil de su semblante, cuajado por las hadas de la belleza en el molde donde se forjaron las mujeres de Rubens... ¡ya moría!... Sobre las desordenadas trenzas de su cabellera, que reflejaba todos los tonos del color rubio, posábanse dulcemente, mustíos y enfermizos, dos periquitos de los que se conocen con el nombre de *inseparables*... ¡Á la caída de aquella flor marchita prematuramente, ellos abrían sus alitas verdes para cobijarla con el símbolo de la esperanza!...

## II

Era un corazón de oro, por lo rico, y una inteligencia de filigrana, por lo transparente. Pero ella se había complacido en atrofiar su sentimiento, con la misma criminalidad con que se atrofia el sexo, y en extraviar su inteligencia con la misma obcecación con que se extravía la virtud. Se comparaba á la mayoría de las mujeres, y veía elevarse desmesuradamente el nivel de su estatua. De esta comparación tentadora nacía buena parte de sus defectos, que, con ser grandes, valían en ella mucho más que esas virtudes incolo-

ras y anodinas que aplaude el vulgo. Ella estaba orgullosa de sus genialidades, y tenía razón en estarlo. Pero no podía condonársele que profanara su almita, á quien hería con todo el ensañamiento de un verdugo ruso; ni se podía ver con buenos ojos que, siendo inocente, se condujera ella misma al banquillo de los acusados para condenarse á muerte, como si obedeciera á las leyes del determinismo, con la implacabilidad con que condena una entraña judicial...

Mucho contribuía á su nostalgia el medio social en que vivía. El hábito del positivismo del siglo le quemaba el rostro y le marchitaba el corazón. Pero, á pesar de los pesares, cuando se veía á solas con su alma, veía también revolotear alrededor suyo hojas desprendidas de flores que retoñaban en el corazón, cuáles verdes como las alas de sus pajaritos, cuáles otras rubias como la dorada mies de sus cabellos.

En su carácter existían revueltos los componentes de todas las pasiones y de todas las virtudes. Hubiera podido ser una heroína en las lides políticas; hubiera podido ser también una santa en el calendario de la humanidad y, á querer serlo, la venturosa fundadora de un hogar.

No venció á tiempo las asperezas de su voluntad, y se hizo dura é injusta contra los sentimien-

tos de su corazón... Si hubiera vivido en la Roma de la decadencia, habría hincado el punzón del castigo en las carnes de la mujer ilota para recordarle su esclavitud; si hubiera aspirado en los labios del sol el mosto del trópico, habría azotado las espaldas de la mujer etiope... Y, en ambos casos, hubiera corrido á depositar una lágrima silenciosa en el alejamiento de su dorado camarín.

La nota característica de su temperamento era la extravagancia. Esta nota se había acentuado con la lectura de obras que expresaban el descoco y un sentido de amargo pesimismo. En aquellas páginas bebió el filtro que produce el vértigo en las imaginaciones exaltadas que, sin la debida preparación, se abren al contacto de ideas corrosivas. Por hacer algo nuevo, ella se guillotina tranquilamente y con sus propias manos.

El rasgo más saliente de su carácter era la vanidad, vanidad ingénita en su idiosincrasia y mimada por la fortuna. Su divisa era la síntesis de su creencia en sí misma: ¡*Excelsior!*...

Por alardear de enérgica y fuerte con las demás, era débil consigo misma. Antes que esparcir en los temblores de una lágrima las ternuras del sentimiento, que era en ella inagotable, hubiera preferido cegar el manantial de sus ojos.

La fortuna le prodigaba sus dones, y ella se di-

vertía en rechazarlos con desprecio. Sus caprichos eran leyes, órdenes sus antojos, y, saturada de vasallajes ajenos, decidió morir de hartura de felicidad... y también de hambre de adversidades y contradicciones...

Y en los salones sucumbía de anemia, entre las sombras del camarín dorado, y cerrando continuamente los labios para que no entrara en ellos una sola gota medicinal.

En vano la advertían con severidad los médicos, y la aconsejaban con cariño los parientes y amigos. En vano también, si tardaba en retirarse á su gabinete, los *inseparables*, los periquitos verdes, bajaban piando los peldaños de la espaciosa escalera que conducía á la sala, como si tuvieran el presentimiento de que se les iba á morir muy pronto la flor en que libaban ellos las primicias de sus amores.

## III

Moría... era su cerebro demasiado grande para sostenido por cabeza tan pequeña; era su alma con exceso fuerte para albergada en cuerpo tan débil. En sus ratos de buen humor, suele divertirse Dios con el absurdo: crea un genio como una montaña, una voluntad como un volcán, y los injerta en una muñeca de *biscuit*.

Moría... y, en el paroxismo de la crisis morbosa, recostábase en la *chaise longue* con las lujosas maneras de una parisiense y el marrullero hastío de una criolla... Sus manos, que, de puro finas y pequeñas, alejaban el deseo de estrecharlas de miedo á hacerles daño, crispábanse como si quisieran estrangular al destino. Había cruzado las piernas, con la familiaridad de una sultana, dejando entrever el nacimiento de las monadas de sus pies, de los cuales hubiera podido decir Campoamor, sin exagerar tanto como en su poema, que podían ocultarse en el cáliz de una rosa; y al abandonar la vida en un acceso de tos violenta, sacudía despóticamente, con la punta de uno de sus zapatitos, las páginas de la última novela que se le cayera de las manos, y conservaba en su apostura aquel ademán, mitad colérico, mitad desdenoso, que pudiera traducirse en esta frase: *¿Qué me importa á mí, y qué le importa á nadie?*

¡Ay! Algo importaría su muerte á aquellos *inseparables*, que doblaban tristemente sus cabecitas verdes sobre la frente de la joven, como si hubieran esperado á que muriese para darle sin miedo el primer beso amoroso, ¡el beso del ave á la flor!

## EL CAPITALISTA

### I

#### PREPARATIVOS

— Parte, hijo mío; parte, y hazte hombre. Vuelve pronto hecho un doctor ó un licenciado. Estudia mucho y, sobre todo, sé económico. Para enviarte treinta pesos al mes, tu padre trabajará día y noche como un negro, tus hermanas ordenarán las vacas... Vas equipado para todos los años que estés en Madrid. Llevas una docena de calzoncillos, otra de medias; cinco camisetas; seis camisas de madapolán, cuatro de hilo, nuevas, que te hice de unas viejas de tu papá; tres pares de botines, uno de los cuales es de tu hermano, que no los quiere porque le vienen estrechos; un bombo (chistera) blanco que usó en sus buenos tiempos tu tío Pancho; cuatro fluses de dril blanco; una levita y un gabán de invierno que usó tu abuelo cuando estuvo de diputado en Madrid; una dita para el baño; un sombrero de jipijapa

y una chupa blanca. ¡Qué envidia te tendrán tus compañeros!... Mira, hijo: en la familia no hay ningún doctor ni licenciado; es preciso que tú seas algo.

Cierra la estudiantil maleta aquella buena madre y abre sus ojos al llanto.

El futuro doctor le da un abrazo y sale de su casa, acompañado del padre, que le deja en un camarote de primera del vapor correo.

— Ahí va mi hijo, le dice al capitán; es una gran cabeza. Dios me conceda vida para verle hecho un doctor.

Y ocultando una lágrima, toma el camino de Puerta de Tierra; llega á su hacienda, y como piensa en los treinta duros que ha de enviar á su hijo, se pone á trabajar como un « negro », y dice á sus hijas:

— Id á ordeñar las vacas.

Leva anclas el buque, y desaparece luego del Puerto, semejando á intervalos una mancha negra en un horizonte de cristal.

El futuro doctor dirige su última mirada á la patria, que se queda entre las espumas del mar caribe, y alzándose orgulloso sobre las plantas de las *chinelas*, exclama con énfasis:

— ¡Oh patria!... ¡Yo volveré á tus playas, hecho un doctor, para darte días de gloria!

Y acto continuo se mete en la cantina, y se toma media caneca de ginebra.

\*  
\* \*

EN SANTANDER

(DOS CARTAS)

« Santander, 13 de agosto de 1870.

« Querido papá:

» Escribo esta carta en Santander, que es un pueblo mucho más grande que Río Piedras. Yo estoy muy triste acordándome de ustedes, y deseo llegar á Madrid para examinarme de siete asignaturas el mes que viene. Conmigo no se *pué jugá*, porque tengo mucho de aquí, y en un dos por tres me aprendo la carrera. Ya quisiera estar en Madrid; pero antes tengo que ir al lazareto, que es la universidad de este pueblo, según me ha dicho un estudiante montañés que tiene los pies *ajorquillaos*.

» Á mamá le darás un beso, y otro á mis hermanitas, y muchas expresiones al *compae* Narciso y á mi *comae* Berenjena.

» Te pide la bendición

» CLOTILDE. »

« Santander, 15 de agosto de 1870.

» Querido Ambrosio :

» Chico, chico, *bibil* para *bel*. Llegué aquí con doscientos pesos fuertes, y en tres días me llevo gastados dos pesos y medio. ¡Qué modo de gastar, Ambrosio! Estos españoles son unos ladrones.

» Hay aquí unos *cafeses* mucho mejores que el de la Zaragozana y unos teatros más buenos que el de la *siudá*, con unas velas de sebo que no se gastan nunca y alumbran más que los faroles de Río Piedras.

» Pero sobre todo esto están las mujeres. ¡Qué *reguerete* de ninfas, chico! Son duquesas y marquesas, de lo principal de España, que se enamoran de los indianos. Á lo mejor le *jalan* á uno por la levita y le llaman hermoso. Lo malo es que no se lavan. Aquí no se baña nadie, chico. Hay mucho *sicote*. Se espanta la gente de que yo me lave dos veces al día y me empolve el cuerpo.

» Yo no me casaría aquí, te digo la verdad. Prefiero Nemesia á *toas* las mujeres de España, porque no me *jalaba* en la calle, ni me llamaba hermoso, sino bonito, y eso en el corral de su casa, junto á la *palisá*, donde no nos veía *naide*. No la olvido un momento, y en cuanto que sea *dotol*, me caso con ella aunque no quiera su *pae*.

» He sabido que *toitos* los paisanos son unos perros que no se acuedan del país. ¡Míralos qué *simbelgiensas*! Yo les voy á echar la pata á *toos* ellos, porque *sabo* más que las *niguas* y que *toos* los *guanimes* del mundo y soy más serio que un *sinco é queso*, y á mayor *superabundamiento* tendré buena conducta y haré *toos* los *añangotamientos posibles*, y en tres años *¡san se acabó!* me hago *dotol*.

» Dale expresiones á Nemesia y dile que se acuelde de mí cuando se ponga junto á la *palisá*.

» Tuyito,

» CLOTILDE. »

» P. D. — En el próximo correo te mandaré la última composición poética que he hecho. La hice en el vapor, y se titula : ¡Adiós, pobre Puerto Rico!

\*  
\* \*  
\*

EN MADRID

(DOS AÑOS DESPUÉS)

¿Quién es aquel joven que luce raquílica levita (abierta por detrás), pantalón embudo, por lo estrecho, y *bombo* monumental? Es el joven Clotilde, que vino á Madrid á hacerse doctor, bien envuelto en el recio gabán que usó su abuelo el diputado.

Corrieron los días, y Clotilde supo que la palabra *americano* en Madrid era sinónimo de *millonario*. Recordó que tenía una hacienda (ingenio) empeñada; vióse muy feo en un espejo de á real, y dijo:

— Ésta es la mía, el dinero; yo haré conquistas, si no por mi bonita cara, por mis muchos pesos.

Abandonó el aula por el café, y las figuras de disección por las chicas de carne y hueso. No las quería con mal fin, sino por prurito de que se dijera de él que tenía muchas novias, aunque no les tocara el pelo de la ropa. No pasaba una mujer á la vara de él sin que la mirara seriamente y le dirigiera alguna carta por el estilo de ésta:

« Señorita :

» Perdone usted mi atrevimiento si le digo que la amo. Sí, señorita, la amo á usted de una manera espantosa.

» Cuando la vi ayer en la carrera de San Jerónimo, me pareció usted una huri, ¡qué digo una huri! un meteoro que cruzaba por la tierra, y se me quedaron los ojos *enguruñaos* de tanta luz como despiden los de usted. Y luego, al asomar su talle gentil de palmera y su lindo y breve pie, me quedé extático como un tiburón.

» Yo *me quería* en mi país con una joven que me aguardaba todas las noches en el corral de su casa, junto á la *palisá*, y que espera á que sea yo doctor para casarse conmigo. Creía yo que era la mujer más guapa de este mundo, pero ahora veo que la mujer más guapa es usted.

» Si usted me quisiera, ¡ay! yo me casaría con usted y la llevaría á Puerto Rico, mi país. Sería usted la reina de mi corazón y mis haciendas. Mis negros la meterían en el baño, y usted, dulce sirena de mi existencia, vería con qué gusto se deslizaban los años de su vida á orilla del platanal, entre serenatas que le diera el pueblo y aclamaciones de los jibaros tocatiples,

Á quienes gusta el frangollo,  
El plátano verde en bollo  
Y el aguardiente que pique,

comiendo guanábana y bebiendo guarapò; festejada, en fin, hasta por el capitán general.

» Deme usted el *sí*, y me hará feliz. Sólo me falta una asignatura... Tengo dos millones de pesos, muchas vacas y negros *carabilis*. Esto se lo digo para que no imagine usted que soy *un cualquiera*.

» Espero su contestación. Si usted me diera el *sí*... ¡ay! yo sería el más feliz de los doctores.

» Le besa la saya,

» CLOTILDE PICAPICA.

» *P. D.* — Tengo el gusto de inviarle una composición poética que me ha inspirado usted.

Á MI CHINITA

Si te vas á Puerto Rico,  
Dormirás en un petate,  
Y yo te pondré en el pico  
Un racimo de aguacate.

Allí verás tiburones  
Tamaños como las casas,  
Y les cogerás las pasas,  
Á los negros cimarrones.

Te tocarán bien el pito  
Para que bailes á gusto,  
Y te llevarás un susto  
Si te tragas un caimito. »

(*Ella*, después de leer la carta :)

— ¡Qué feo es, María santísima! ¿Cómo me las arreglo yo para salir á la calle con un mamarracho así?... Pero dice que tiene muchos negros y dos millones de pesos, que serán míos si le doy el *sí*. ¡No digo yo el *sí*, el lucero del alba le doy yo! Y dice que comeré guanábana (¿qué será eso de guanábana?) y que sus negros me meterán en el baño... ¡qué gusto! En fin, yo necesito un marido, aunque sea un igorrote. Le diré que sí; pero... ¡qué feo es, María santísima!

II

En su nueva vida, Clotilde inaugura una serie de *micos*, ora á la patrona, ora al sastre, ya á las familias á quienes vino recomendado, ya, en fin, al portero, cuando no al sereno, si alguno de ellos tiene dinero para que él se dé tono de opulento americano.

¿Que le hacen falta cincuenta duros! Carta sablazo al canto :

« Mi respetable amigo :

» Como verá usted por la adjunta carta de papá, no ha podido enviarme los doscientos pesos que me ofreció de regalo. Pero los recibiré por el correo próximo.

» Le agradecería me prestara cincuenta pesos, porque tengo un compromiso (cuestión de matrículas).

» Suyo afectísimo,

» CLOTILDE PICAPICA. »

La carta falsa del padre (escrita por un memorandista de Madrid) :

« Querido hijo :

» He recibido tu grata, é impuesto de que necesitas doscientos pesos, pensé remitírtelos hoy;

pero no puede ser. Estoy sin fondos. Esta mañana tuve que soltar ochenta mil pesos para la refacción de mis haciendas, y mañana *tempranito* tendré que soltar otros ochenta mil, porque todo el dinero es poco para atender á los gastos de estas haciendas, como que cogen media isla y parte de la otra.

» El cosecho no me tiene contento. Sólo me dejará de ganancia líquida dos millones seiscientos mil y pico de pesos, y yo, hijo, contaba con cuatro por lo menos. Bien es verdad que el precio del azúcar ha bajado mucho (culpa de la crisis y de la maldita remolacha). Ahora se vende el bocooy casi regalado : á dos mil trescientos pesos, nada más.

» También nos fastidió á los hacendados el temporal de San Gurmesindo. Yo estaba en la hamaca con tu mamá cuando sonó el primer trueno. ¡Qué trueno, Clotildito! Parecía el taponazo de mil botellas de champagne, según dijo un cronista de la ciudad. Ordené en el acto que tapasen todos los espejos y me puse un camisón de seda de tu mamá, la cual, en aquel momento andaba en crinolina por la casa, y los muchachos, como son tan malos, le cantaban aquello de :

¡Con fuá, ma Gutina!  
¡Diablo verde en la cocina!

» Bibí se puso una saya de seda de tu hermana Nené. (Ya sabes que la seda ahuyenta los rayos.) Todos parecíamos mujeres. Cada cual, por supuesto, con su correspondiente paraguas abierto dentro de la casa, porque el agua se metía. La sala parecía el río de la Plata crecido. Yo me subí á la tapa del piano; tu mamá se encamaró en la consola, pero la rompió, porque está muy gorda (tu mamá), cayéndose al charco. Afortunadamente, yo tenía un anzuelo de pescar pulpos, y la saqué con él. ¡Qué susto, Clotildito!

» Á otra cosa. Además de los diez y siete mil negros que tenía, he comprado ocho mil, y, como no cogían en los ranchos, he fabricado al rededor de la isla un cuartel que principia en Puerta de Tierra y concluye en el Pepino, pasando por la bahía, que hice cegar.

» Aun así y todo, no están contentos, los condenados, y hay que darles mucho fueete para que no gruñan. Eso sí, cuando toca su fotuto el mayor-domo y suena su fueete el capataz para que vengan los negros al trabajo, da gusto verlos todos en fila, que comienza en Río Piedras y termina en Salinas. Algunos tienen que meterse en el mar, porque les falta tierra donde ponerse, por lo que pillan unos catarros muy grandes, y se tropiezan además con los buques que pasan por la costa, y

los marineros, como son tan malos, les tiran de los pelos ó de las *pasas*, como se dice aquí.

» En estos días he alquilado la isla de Vieques y parte de la de la Cabra para depósito de unos cuantos miles de barriles de funche con bacalao que me ha llegado del Norte con destino al buche de mis negros. Ya no sé dónde poner las macarelas. El capitán general me ha ordenado que las quite de la carretera, porque no dejan paso á los coches, y los vecinos de Caguas se quejan de oler á macarela. Las muchachas están furiosas con el olor...

» Hazte pronto doctor, hijo mío. Sólo espero á que lo seas para enviarte tu legítima, dos millones de pesos y ochocientas negritas escogidas que te rascarán los pies. Pero hoy por hoy no esperes de regalo arriba de mil pesos. Temo que te pierdas.

» Tu mamá sigue con su jaqueca, á pesar de tener constantemente puestos dos parches de papas en las sienas. Tu hermano Finfin tiene tres mil y pico de caballos, todos ellos de mucho menudeo y andadura.

» Termino, porque tengo que recibir al pueblo, que me ha ofrecido una serenata.

» Te bendice tu padre,

» CLOTO PICAPICA. »

El infeliz *sableado* suelta los cincuenta pesos, que no cobrará en los días de su vida, y Clotilde continúa hablando de sus millones y de sus negros.

El mes de septiembre es una lotería para Clotilde. Anticipadamente pide á su padre cien duros para matrículas y libros.

— ¡Cien pesos! exclama el buen hombre.

Pero lo cree, porque el hijo le cuenta que el ministro de fomento ha aumentado considerablemente los derechos de matrícula y que las obras de texto, casi agotadas, valen mucho más que antes.

El padre vende el caballo que le servía para ir á la capital, y remesa el dinero.

— Á bien que es el último, piensa el pobre diablo, porque hace ocho años que está mi hijo en Europa y sólo le falta una asignatura para concluir. Un esfuerzo más, y veré á mi hijo doctor... ¡Hijas mías, ordeñad bien las vacas!...

Clotilde se dirige á los amigos que tiene su padre en Madrid y les pide dinero para lo mismo, esto es, para matricularse.

— No lo he recibido á tiempo, les dice; el plazo expira, y perderé el curso si no me matriculo.

Y de tal suerte reúne doscientos duros para ropa, café, teatro, etc.

Ha olvidado que San Carlos está en la calle de

Atocha; ignora que hay un Ateneo médico en Madrid; en su casa no quedan señales de un solo libro. Laviña compró en dos reales el último que le quedaba.

Y así pasan años y lustros. Cuando los padres ó amigos de Clotilde le preguntan por sus estudios, contesta invariablemente:

— Sólo me falta una asignatura.

Al final de la escena, debiendo algunos miles de duros, conocido ya de quinientos acreedores, despedido de Fornos por el ilustre Cirilo, sin recibir dinero de sus padres, y habiéndose bebido toda la leche que ordeñaron sus hermanas, torna á los patrios lares para exhibirse en la plaza de Armas, asistir á los bailes de la *siudá*, *desbaratar* los que se celebran en el campo y dárseles en todas partes de patriota integérrimo con murmurar, á traición y á mansalva, de *El Carnaval en las Antillas*, artículo que no leyó él, ó, si lo leyó, no lo entendió seguramente.

El padre dice á sus amigos:

— He gastado en mi hijo ocho mil pesos para hacerle aspirante á licenciado de presidio.

Y las hermanas, no teniendo vacas que ordeñar, se casan « por detrás de la iglesia ».

## EL SEÑOR ESTÁ SERVIDO

### I

Monsieur Gremieux es, por temperamento y por sistema, un hombre máquina, un cronómetro que anda en dos pies. No siente nunca; calcula siempre; las manecillas del reloj informan los actos todos de su vida.

Monsieur Gremieux se levanta del lecho á las siete de la mañana; se baña con agua fría y pone la cabeza á disposición de un Deibler peluquero, que le afeita la barba y le riza el cabello después de friccionárselo con agua de Lubín; se desayuna con café, bollos y manteca de Nantes; lee en seguida *Le Matin*, fijándose particularmente en la sección titulada *Bourse de commerce*, fuma un habano y escribe algunas cartas. Á las doce menos cuarto toma un cocktail, y á las doce en punto entra en el comedor á la voz de un criado, que le dice humildemente: